



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11754

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tras meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 11 DE ENERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CONSECUENCIAS

Motivos tienen los industriales que se dedican á la cría y venta de reses de cerda para dolerse del gravísimo daño que les causa los abusos descubiertos en Murcia. Cuando comenzaba á tranquilizarse el espíritu después del largo período de alarma en que vivió por causa de la mortífera *trichina*, un nuevo golpe amenaza arruinarlos.

El hecho es de sentir, tanto mas cuanto que el negocio de esos industriales es de temporada y un día perdido no tiene ya compensación posible.

Pero no es la culpa del público; si acaso es de la autoridad que no vigila ó que vigila poco, ó de ellos mismos que conociendo los abusos que van descubriéndose, no los denuncian por respetos mal tenidos que no se compaginan con su propio interés.

Sabido es lo que en la capital de la provincia está sufriendo la *trichinosis*, el rechazo las carnes de cerdo que podían estar en venta durante una temporada siguió consumiéndose al consumo de tales alimentos; si al fin se decidió á apartarlos, fué cuando creyo encontrarse garantido de una nueva invasión.

Mas el daño va estable causa lo. La paralización de la manutención; la extraordinaria disminución en el consumo y la repugnancia de los desconfiados, influyeron poderosamente en el mercado, y los precios que antes de la catástrofe auguraban un negocio soberbio, sufrieron una baja veína de la bancarrota, baja que persiste y ha de sufrir agravación grandísima con motivo del grave suceso de nunciado por la prensa murciana.

Un periódico de la capital de la provincia dice ayer una cosa que causa verdadero asco. Los caba-

llos muertos en la última corrida de toros celebrada en Murcia fueron destinados á servir de alimento á una piara de reses de cerda sita en el Palmar.

Como ha podido eso estar oculto no se explica, tanto más cuanto que los vecinos que viven en las inmediaciones de la pocilga, han declarado que, efectivamente, se mantenían las reses con carnes de animales muertos.

¿Es que esos vecinos tienen encallecida la conciencia? ¿Es que es tan absoluta su ignorancia que no comprendían que lo que pasaba á algunos metros de sus casas eran verdaderos delitos?

El nuevo golpe que ese descubrimiento da á los industriales es tremendamente decisivo; porque ya no se trata de saber si los cerdos tienen ó no *trichina*, cosa fácil para quien sepa manejar el microscopio. Contra la *trichina* está la vigilancia del inspector de carnes que sirve de garantía al público; pero ahora se trata de otra cosa peor: se trata de cerdos que se alimentan en los muladares y que no obstante ser detenidos por la autoridad son presentados en el matadero público para que sean sacrificados.

Ese abuso raya en lo intolerable y tanto por lo que afecta á la salud pública, como por la enorme lesión que causa á una importante riqueza del país, esta reclamando salvable castigo que ponga término á las desmedidas y criminales ambiciones de algunos industriales sin conciencia ó ignorantes hasta la estupidez.

TIJE RETAZOS

En Kingston, pueblo de los Estados Unidos, y una de todas las excentricidades, extravagancias, rarezas, colmos, fábulas y demás cosas extraordinarias, ha muerto un joven que ha vivido once años sin estómago. Lo perdió á los tres años á causa de una toza de legía bebida por equivocación.

El chico se quedó en la estacada, es decir, ni creció ni se desarrolló; y aunque se ha muerto de once años, y ha vivido once alimentándose con leche, su volumen no pasaba del de un niño de tres.

Esas son cosas que solo ocurren en la Yanquilandia, donde se vivía ya sin coherencia.

Lo dicho; lo que pasa en los Estados Unidos no pasa en parte alguna.

Al puerto de San Francisco de California ha llegado un barco cargado de...

- ¿Canarios?
- ¿Perros dogos?
- ¿Turron de Jijón?
- ¿Lechugas largas?
- ¿Microbios en conserva?

Nada, no lo aciertan ustedes aunque se les dé de plazo lo que queda de siglo.

El barco es un vapor y el cargamento 1500 cadáveres de norteamericanos que dejaron la piel en Filipinas.

Lo raro es que aparte el cargamento fúnebre, conducía el vapor cincuenta y dos pasajeras de primera y quinientos de segunda, de los cuales se murieron once en la travesía.

Lo extraño es que no hayan fenecido todos de epidemia ó de miedo.

A bien, que eran yanquis.

Los obreros de las fábricas de Zaragoza declarados en huelga celebraron anteayer una reunión al aire libre y tomaron un acuerdo importante:

Pegar fuego á las fábricas.

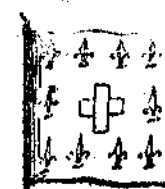
Cuando los hombres pierden la cabeza cometen verdaderas tonterías.

Esos obreros no discurren que el arma que tienen en la mano es de dos filos y manejada de ese modo los hiere á ellos también.

CURIOSIDADES

Los estandartes militares

Su uso es antiquísimo. Sábese que los romanos los usaban como insignias, figurando en ellos sucesivamente en relieve ó confeccionados con materias sólidas una águila ó un toro, y ya en tiempos de su decadencia, un jabalí.



Estandarte real tes emblemas que las franceses y españolas orlaban y servían de estandarte feudal. Para designar el caballero que las llevaba el origen de los blasones. Colocabábase los tales estandartes sobre la torre más alta de las ciudades ó de los castillos, como designando que cuantos habitaban bajo ellos eran vasallos del señor, dueño de tal emblema del feudo, durante la paz, y durante la guerra que habían sido por él venidos. Se plantaba también este estandarte ante los muros del castillo de su dueño.

En los torneos, en Francia, los caballeros, además del estandarte adherido á su lanza, llevaban banderolas en las manos, con las cuales, antes de entrar en la lid, hacían la señal de la cruz, colocándolas ensejada en la cimera de sus cascos, para hacerse reconocer por ellas durante el combate. Idénticas banderolas estaban bordadas en los paños de las trompetas de los heraldos.

Al estandarte, que era la bandera en la Edad Media, seguían otros de otra especie y de menores dimensiones, denominados «pendones» ó «gonfalones», de la forma de los que se usan en los templos. A los caballeros no abanderados ó bachilleros (llamábase «bachilleros» á los nobles doctores que servían bajo la bandera de otros) aun no teniendo vasallos que les siguiera, estábanse permitido hacer uso del pendón y sus escuderos cuando no ellos mismos, podían llevarlos á los torneos y á las batallas. En las ceremonias de recepción de la orden de caballería el recipiendario no abanderado, debía ofrecer un caballo con su pendón; andando los tiempos el uso del es-



Oriflama de Saint Denis

Estandarte no proscritorio el del pendón, por cuanto á veces los príncipes y los caballeros abanderados llevaban ó hacían llevar ambas cosas, hacia el fin de la Edad Media, por sus mismos escuderos, razón por la que éstos eran confundidos con sus señores.

Uno de los más célebres estandartes religiosos es el que se conserva en la iglesia de San Dionisio en París, llamado también «oriflama», palabra que procede de las latinas *auri* (oro) y *flamma* (llama) llama de oro. Dicho estandarte fué llevado por varios reyes.

Los individuos de muchos oficios usaban antiguamente estandartes en los que figuraba el santo adoptado por ellos como patrón. Conservábase en multitud de iglesias de España muchos de aquéllos.

NUESTRO COMERCIO AGRICOLA CON FRANCIA EN 1900

El balance comercial del año 1900, entre España y Francia, sin ser para nosotros de los mejores, no ha sido todo lo malo que podía esperarse; dadas las dos últimas cosechas de vinos franceses y las cotizaciones que en determinados momentos han dominado para algunos de nuestros productos.

«Tres millones de hectólitros de vinos, escasos, exportamos á aquella República el año que á abas de terminar, contra 4.034.414 que enviamos en 1892, suponen, aun vendidos á precios sumamente baratos, una cantidad no muy despreciable para nuestro comercio venidero.

«Ochenta millones de kilogramos de frutas, muy ciertas, dadas al consumo francés, contra 92.891.900 cotizadas á no malos precios, dicen plenamente la estima que de ellas se hacen en este país.

«Diez millones de kilogramos de legumbres y hortalizas, quizá más, facilitados también al consumo, contra 7 millones 367.700 vendidos el año anterior, ponen de manifiesto que de día en día aumenta la importación de ese artículo.

«Ocho y medio millones de kilogramos de aceite de oliva, con exceso contra 6.055.900 que trajimos en 1899, demuestran, sin ningún género de duda la bondad de este caldo.

Kharlof no dijo una palabra; dejó destilarse al agua la caña que sostenía. Y yo, ¡qué hombre de ingenio, qué profundo filósofo me creía ser en aquel momento!

—En verdad—continué—que ha obrado V. de un modo imprudente dándosele todo á sus hijas. Es un arranque grande y generoso, y de seguro que no se lo vituperaré: en los tiempos que corren es cosa rara la grandeza de alma. Pero á sus hijas son ingratas, el papel de V. es el contestarles con el desprecio. Si, el desprecio; y no abandonarse á este humor misántropo.

—¡Déjame!—murmuró Kharlof, rechinando los dientes; y sus ojos, siempre fijos en la laguna, inflaméronse de nuevo.—¡Vete de aquí!

—Pero, Martín Petrovitob... —¡Márobate, digo, ó te mato! Yo me había acoercado del todo á él. Pero, al oír estas últimas palabras, boté de mí sitio.

—¿Qué dice V.? exclamé —¡Te matare; vete de aquí!

Del pecho de Kharlof salió la voz como un aullido ronco; sus ojos furibundos continuaban mirando de frente.

—¡Te arrojaré al agua con todos tus consejos, im-

bécil, para enseñarte á no venir á molestar á un viejo, monicaco!

Le vi llorar; muchas lágrimas se deslizaban una á una por sus mejillas, y, sin embargo, su rostro tenía una expresión feróz en absoluto.

—¡Largo de aquí, ó te juro por Dios que te mataré... para escarmiento de otros!

Movíse un poco de lado, levantando el labio superior como un jabalí. Recogí mi escopeta y me salvé por piernas. Mi perra me siguió, ladrando con aspecto desfavorido, también á ella le había entrado miedo.

Cuando regresé á casa, me guardé bien de referir mi aventura á mi madre. No sé por qué, habiéndome encontrado con *Recuerdo*, me dió el demonio la tentación de contárselo todo. Tanto le encantó mi narración á ese ente inaguantable, que se rió con ella hasta desternillarse. Ganas me entraron de darle una somanta.

—¡Oh—decía; jadeante de risa—cómo hubiera yo querido ver á ese carcamal de maraca mayor de Kharlof sentado en el légamo!

—Pues vaya á la laguna, si es tan curioso.

—Ah, en seguidita! ¿Y si me mata, en lugar de á usted?

Demasiado tarde me arrepentí de mi charlatano-

trás de ella veíanse algunas mujeres con rostros desfavoridos. El mayordomo, dos lacayos y el coaquito, todos boquiabiertos, apretujábanse á la puerta de la antecámara. En medio del comedor estaba de rodillas, jadeante, sofocado, estertoroso, cubierto de barro, barapiento y tan calado de agua, que se alzaba de él una columna de vapor y por el entarimado serpeaban arroyuelos, estaba, digo, aquel ser monstruoso á quien acababa yo de ver cruzar por el patio. Era Kharlof.

Me acerqué y no ví su cara, sino su cabeza; estaba apretando con las patas de las manos sus cabellos sucos de barro. Respiraba ruidosa y convulsivamente, cual si algo hirviera dentro de su pecho. Todo lo que pude distinguir entre aquella masa inmundada fué lo blanco de sus ojos, que había girar con un siniestro extravío. ¡Estaba horrible!

Me acordé del vecino que le había tratado de mastodonte. En efecto, tales apariencias debía de tener algún monstruo antediluviano recién salido de entre las garras de otro monstruo aún más potente, que le hubiese atacado dentro del profundo limo de los pantanos de las edades primitivas.

—¡Martín Petrovitob!—exclamé al fin mi madre, juntando de golpe sus manos.—¿Pero, eres tú? ¡Dios misericordioso!